

rencia, y ni siquiera fijaba en él sus miradas.

Esta narracion por molesta que parezca á nuestros lectores, es necesaria para la inteligencia, de la historia, y para explicar la situacion en que se hallaban los dos amantes, y las relaciones, si este nombre merecen, que entre ellos existian, cuando la inesperada y repentina aparicion de Edit en la capilla produjo tan notable efecto en los sentimientos de sir Kenneth el del Leopardo.

CAPITULO V.

Permaneci6 este de rodillas por espacio de una hora, en medio del profundo silencio y de la impenetrable oscuridad que reinaban en la capilla, dando gracias al cielo y á su dama por los últimos favores que de la mano de esta habia recibido. Poco le habia importado

hasta entonces su propia seguridad, y no mucho el destino que la suerte le reservaba: mas en la ocasion presente, tanto como un grano de arena pesaban en la balanza de su mente aquellas consideraciones. Sus pensamientos no salian mas allá de la esfera en que se hallaba, y ¿qué mas podia apetecer en el mundo que encontrarse cerca de Edit, haber recibido prendas de su memoria, y estar en un lugar santificado por las mas venerables reliquias? Un soldado de Cristo, un amante fiel y verdadero en nada debía pensar sino en sus obligaciones para con Dios y para con su dama.

Apenas habia terminado la hora que el caballero escoces habia pasado entregado á estas reflexiones, resonó en torno de la bóveda de la capilla un agudo silbido, semejante al que usa el halconero para llamar á su ave; sonido en verdad nada correspondiente á aquel lugar, y que recordó al caballero cuan necesaria era la precaucion en escena tan nueva y desconocida. Levantóse de pronto y echó mano al arma que consigo llevaba.

Al silbido sucedió otro rumor no menos extraordinario, que era como el rechinar de tornillos y garruchas, y de pronto se notó una luz que salió de debajo del pavimento; lo que denotaba tener este un portalon ó escotilla que se abria á la sazón. No tardó en presentarse por aquella abertura un brazo largo y descarnado, desnudo en parte, y en parte cubierto de una tela color escarlata; llevaba en la mano la lámpara que habia dado aquella luz, levantándola hasta toda la altura que el brazo podia alcanzar; y tras el brazo se vió subir poco á poco, hasta el suelo del templo, el cuerpo á que pertenecia. La estatura y el rostro de esta inesperada persona eran de un feísimo enano. Adornaba su enorme cabeza una gorra extrañamente engalanada con tres plumas de pavon. Era el traje de brillante escarlata, cuya riqueza daba mayor realce á la deformidad de la persona, y completaban su fantástico atavío brazaletes de oro, y una daga con puño del mismo metal, que pendia de un cinturon de seda blanca. Este singular personage llevaba

en la mano derecha una especie de escoba, y apenas saltó de la abertura por donde habia salido, se quedó parado, como para dejarse ver mas distintamente, moviendo entre tanto la luz al rededor de sus irregulares facciones, y sus desproporcionados, aunque fornidos miembros. Aunque monstruoso en toda su persona, el enano parecia estar dotado de vigor y agilidad. Sir Kenneth contemplaba atónito este desagradable objeto, y se le ocurrió la creencia vulgar de los vestiglos, ó espíritus terrenos, habitantes de las cavernas de la tierra: por lo que hallando tanta semejanza entre la figura que entonces estaba viendo y las ideas que dominaban en la opinion vulgar acerca de aquellos seres ideales, miró al enano no solo con disgusto y con miedo; mas tambien con aquel pavor que la presencia de una criatura sobrenatural debe infundir en los corazones mas intrépidos y arrojos.

El enano silbó segunda vez, llamando de su misma habitacion subterránea á otra figura que no le cedia en fealdad. Esta segunda

aparicion subió del mismo modo que la primera; descubriendo un brazo de muger que sacaba otra lámpara de las tinieblas inferiores, y una figura femenina que saltó al pavimento de la capilla, y que tenia mucha semejanza con su compañero en estatura y proporciones. Su ropage era tambien de escarlata, extravagante en su corte y adornos, como los que usan en sus danzas los saltarines y comediantes; y con la misma pausa y menudencia que habia empleado su predecesor, paseó la lámpara por sus facciones y persona. Mas á pesar de este aspecto desagradable, notábase en ambos rostros un indicio seguro de extraordinaria agudeza y penetracion; á saber, unos ojos brillantísimos, cubiertos de largas y negras pestañas, que formaban un raro contraste con lo horrible de la persona.

Sir Kenneth permanecia inmóvil mientras aquella monstruosa pareja daba la vuelta, sin separarse, á la capilla, ocupándose en barrerla y asearla; mas como solo se servian de una mano, tardaron largo rato en aquella

operacion, la que desempeñaron con ridículos gestos y contorsiones, propios y correspondientes á su extraño y desacordado aspecto. Cuando llegaron cerca del caballero, continuando su tarea, la suspendieron de pronto y al mismo tiempo, y se colocaron enfrente de él, uno al lado de otro, moviendo como antes lo habian hecho las luces que llevaban, con intencion sin duda de que aquel desconocido observase mas menudamente sus facciones, que no por estar mas próximas parecian menos feas, y nótase la extraordinaria prontitud con que sus ojos se movian, reflejando en todo su esplendor el brillo de las lámparas. Hecho lo cual, dirigieron ambas luces hácia el caballero, y habiéndole menudamente examinado, se miraron uno á otro, y rompieron en estrepitosas carcajadas. Este sonido era tan nuevo para sir Kenneth, que al oírle retrocedió algunos pasos, y les preguntó con voz pronta y alterada quiénes eran los que profanaban aquel santo sitio con tan indecentes visages y exclamaciones.

— Yo soy el enano Nectabano, dijo el mal configurado varon en voz correspondiente á su talante, y mas parecida al ahullido del ave nocturna, que á ningun otro sonido de los que se oyen mientras el sol ilumina la tierra.

— Y yo soy Ginebra, su señora, y su amor, dijo la hembra con chillido mas agudo y mas áspero que el de su compañero.

— ¿Y qué haceis aquí? volvió á preguntar el caballero, dudando todavía si eran criaturas humanas las que tenia á la vista.

— Yo soy, respondió el enano, revistiéndose de gravedad y compostura, el duodécimo Iman, Mahomed Mohadi, guia y conductor de los creyentes. Cien caballos estan siempre ensillados para mi acompañamiento en la santa ciudad, y otros tantos en la ciudad del refugio. Yo soy el que ha de dar testimonio, y esta una de mis houries.

— Mientes, exclamó la enana, interrumpiendo á su compañero, y esforzando su voz chillona; yo no soy ninguna de tus houries, ni tú eres de la casta infiel de ese Ma-

homed de quien hablas. ¡ Maldiga el cielo su ataud! Dígote, asno de Isacat, que tú eres el rey Arturo de Bretaña, á quien las hadas arrebataron del campo de Avalon, y yo soy la dama Ginebra, que tanta nombradía tiene por su hermosura.

— Cierto es, noble señor, dijo el enano, que los dos somos unos príncipes desventurados, protegidos antes por el rey Guido de Jerusalem, y moradores de sus estados, hasta que se vió arrojado de ellos por esos perros de infieles que el fuego de Dios consume.

— Silencio, gritó una voz que salía de la puerta por donde el caballero habia entrado: fuera de aquí, menguados, nada mas teneis que hacer en este sitio.

Apenas oyeron este mandato los enanos, se hablaron uno á otro en discorde murmullo, apagaron al mismo tiempo las dos luces, y dejaron al caballero en la misma completa oscuridad que antes, á que sucedió un no interrumpido silencio, cuando dejaron de oirse los pasos que daban al retirarse á su mansion subterránea.

El caballero se sintió aliviado de un gran peso, viéndose libre de la compañía de dos seres que solo inspiraban horror. Por su lenguaje, modales y apariencia, no dudó que pertenecian á aquella clase degradada de personas destinadas por su deformidad exterior y por la limitacion de sus alcances, á vivir como objetos de curiosidad en las casas de los grandes señores, donde servian de burla y diversion á los criados de la familia. No era el caballero escoces superior bajo ningun aspecto á las ideas y costumbres del tiempo en que vivia, y en otras ocasiones se habia divertido, como era entonces comun, con las chocarrerías y bufonadas de estos remedos de la humanidad: mas en la ocasion presente su aparicion, su gesticulacion y su lenguaje rompió el hilo de las serias y graves meditaciones en que se hallaba sumergido: por lo que le fué de mucha satisfaccion su ausencia.

Pocos minutos despues que se hubieron retirado, abrióse lentamente la puerta por la que habia entrado sir Kenneth, y quedando

descubierto el tránsito que en ella terminaba, distinguió el pálido resplandor de una linterna que estaba colocada en el suelo. A su dudoso y vacilante reflejo pudo percibir un objeto sombrío, reclinado fuera de la puerta; al cual se acercó cautelosamente, y reconoció al anacoreta, postrado en la misma actitud en que le habia visto antes, y en que probablemente se habia mantenido durante todo el tiempo que su huésped habia pasado en la capilla.

— Todo está concluido, dijo el ermitaño, conociendo por el ruido de los pasos que se le acercaba sir Kenneth. Tiempo es de que se retiren de este sitio el mas miserable de los pecadores, y el que por mas feliz y honrado debe tenerse que los mas altos magnates y reyes de la tierra. Toma la luz, y guíame por la bajada, puesto que no me es dado descubrir los ojos hasta hallarme lejos de este lugar venerable.

Obedeció sin osar desplegar los labios el caballero escoces, en quien la admiracion de todo lo que habia visto imponia silencio á

los impulsos de la curiosidad. Echó á andar guiando á Teodorico con notable acierto por los intrincados rodeos y escaleras por donde habia venido, hasta llegar á la celda exterior de la caverna del ermitaño.

« El reo se ha restituido á su calabozo; de un dia á otro se difiere su suplicio, hasta que venga el juez terrible que ha de señalar la ejecucion de la bien merecida sentencia.»

Esto dijo el ermitaño despojándose del velo que le cubria, el que estuvo despues contemplando algun rato, y lanzando profundos suspiros. Volvióle á guardar en el sitio de donde el Escoces le habia sacado, y dirigiéndose á este, le dijo en tono apesadumbrado: « Retírate; duerme; anda á descansar. Tú puedes dormir: yo no, que ni puedo ni debo.»

El caballero se retiró á la celda interior, respetando la agitacion de su huésped; mas despues volviendo el rostro atras, vió al anacoreta desnudare precipitadamente de su rústico trage, y antes que pudiera cerrar la endeble puerta que separaba las dos divisio-

nes de la caverna, oyó el chasquido del azote en las espaldas de la víctima, y los sollozos que del penitente arrancaba aquel sangriento y voluntario castigo. Y se estremeció y horrorizó por cierto, reflexionando cuánta debia ser la gravedad del delito, y cuán amargo el remordimiento que tan dura mortificacion no bastaba á satisfacer ni calmar. Rezó devotamente sus acostumbradas oraciones, y despues de haber echado una ojeada al Moro, que continuaba durmiendo, se reclinó en el duro lecho, donde el cansancio que las variadas escenas del dia y de la noche debian producir, le proporcionó muy en breve un sueño tan tranquilo como el de la infancia. Al despertar por la mañana tuvo con el ermitaño ciertas pláticas sobre asuntos de importancia, de cuyas resultas se vió obligado á detenerse dos dias en la caverna; y en ellos, aunque cumplió escrupulosamente con las piadosas obligaciones de peregrino, no le fué dado entrar de nuevo en la capilla en que tan extraordinarios sucesos habia presenciado.

CAPITULO VI.

Mudemos ahora de escena con nuestro lector, y pasemos de la soledad montañosa del Jordan al campo del rey Ricardo de Inglaterra, asentado entonces entre Ascalon y San Juan de Acre, y en que se hallaba el ejército que aquel monarca, mas conocido